

crónicas sobre el orden de las familias sacerdotales en aquellos tiempos, que estas familias formaban dos grupos de procedencia distinta, pues según el libro primero de las Crónicas, cap. 24, de las 24 familias sacerdotales descendían 16 de Eleazar y 8 de Itamar, ambos hijos de Aaron. La familia de Sadoc es una rama de la de Eleazar; y de Itamar descendió Elí, y de consiguiente también Abiatar. Entre los descendientes de Itamar deben contarse los sacerdotes de los santuarios antiguos, de los cuales varios probablemente conseguirían ser equiparados a los descendientes de Eleazar.

Si esto sucedió, como suponemos, y si la familia de Sadoc tuvo que renunciar al privilegio sacerdotal exclusivo admitido por Ezequiel, se explicará el establecimiento del cargo de sumo sacerdote a favor de la familia de Sadoc como una indemnización concedida a esta familia, porque si bien existía antes del destierro la dignidad o título de sacerdote principal, no era esta distinción suficiente para indemnizar de la pérdida del derecho exclusivo. Con esto se explicaría también el hecho, chocante bajo muchos conceptos, de empezar el culto restaurado con una institución enteramente nueva.

El consistorio de los doce cabezas de familia continuaba arreglando y evacuando todos los asuntos interiores de la comunidad como autoridad reconocida, cuando Zorobabel y Josué ocuparon ya una posición más distinguida que el resto en la comunidad. A estos «ancianos» como los llama repetidas veces el escrito arameo en el libro de Esdras, se solía dirigir el gobernador o sátrapa persa ya con preguntas (Esdras, 5, 5, etc.), ya para comunicar órdenes (Esdras, 6, 7, etc.); y por Esdras, 6, 14, vemos que este consejo de ancianos dirigía también las obras del templo. Mas cuando en Esdras, 8, 29, y en Nehemías, 7, 70, etc., se habla de las cabezas o jefes de familia, parece que entonces estos autores se refieren a todos los jefes de familia en general, y no al *sánedrin* o colegio de ancianos, que parece haber sido una verdadera junta gubernativa, producto de una elección en regla; y es de suponer que esta junta procediera en todos los asuntos interiores con entera independencia y solo solicitara la autoridad superior del gobernador persa cuando los miembros del consistorio no llegaran a ponerse de acuerdo (Nehemías, 7, 65). Esta autonomía del gobierno interior, que se extendía a la administración de justicia y a la conservación del orden público y social, era una consecuencia inevitable del libre culto; este gobierno existió así todavía en tiempo de Esdras (Esdras, 10, 14, etc.), y el gobernador persa se limitó probablemente a velar por el mantenimiento del buen orden y por la recaudación puntual de los impuestos.

Bajo la dirección del consejo de ancianos, las familias y habitantes de los lugares sueltos debieron de gobernarse autónomamente, como se hizo en los tiempos anteriores a la expatriación.

Bajo la presidencia de estos doce ancianos, en el segundo año del reinado de Ciro, es decir, en 537 antes de nuestra era, conforme dice la mencionada lista, único documento de aquella época que tenemos, se trasladaron desde Babilonia a Judá 42,360 judíos libres, entre hombres, mujeres y ni-

Teol. Tijdschr., 1884, pág. 289, que se podría explicar el empleo de la figura de Aaron para unir genealógicamente las familias sacerdotales admitidas en la organización moderna, admitiendo que Aaron fue considerado en el reino del Norte como tronco de donde salieron los demás sacerdotes del reino de Samaria. La historia del becerro de oro hace plausible esta suposición, y también es posible que entre los sacerdotes admitidos después de la vuelta del destierro haya habido descendientes de sacerdotes del reino del Norte; pero nada lo prueba, de suerte que será más prudente suponer que todos los sacerdotes y pretendientes de este cargo eran descendientes de sacerdotes del reino de Judá.

ños, con 7,337 esclavos de ambos sexos y 245 cantores y cantoras (1).

En Esdras, 2, y en Nehemías, 7, 67, difieren los números de las diferentes clases de esta masa de inmigrantes, excepto el número de sacerdotes, que es en ambas relaciones el mismo. Sin embargo, figuran aquí cuatro familias que suman 4,289 individuos, número excesivo aunque se admita, como se ha dicho antes y como es casi seguro, que en este número estén comprendidos, además de los descendientes de Sadoc, los de las familias sacerdotales antiguas. Hoy es imposible toda comprobación, porque el que arregló las obras históricas conservadas, suprimió probablemente una continuación de la lista dada en Nehemías, 11. Según Nehemías, 7, 43, había solamente 74 levitas, número muy reducido que se explica, sin embargo, por lo dicho antes. Figuran también en la lista 392 descendientes de los esclavos del templo y de siervos de Salomón, y 138 guardas de las puertas del templo. En este censo los últimos dos grupos no están comprendidos en la tribu de Leví, pero se enumeran como servidores del templo inmediatamente después de los levitas. No así los cantores de ambos sexos, pues la lista les cita entre los esclavos de la congregación. Según se lee en Nehemías, 3, 26, los descendientes de los esclavos del templo vivían junto al Ofel hasta la Puerta del Agua.

No tenemos ninguna noticia respecto del tiempo en que se emprendió la marcha ni de las disposiciones que se tomaron para efectuarla (2). Tampoco se ha conservado dato alguno respecto del viaje, ni tocante a los arreglos hechos entre los desterrados antes de emprender su marcha. Muchos creen

(1) Se admite que entre los individuos libres están comprendidos hombres, mujeres y niños, porque la lista de los siervos y cantores declara expresamente que se comprenden en estos grupos los dos sexos. En cambio, en los números de los individuos de las diferentes familias y de los diversos lugares van únicamente comprendidos los hombres sin diferencia de edad, de lo cual resulta que sumándolos se obtiene un número inferior al total indicado. Tampoco concuerdan en los dos relatos los números de los individuos de las diferentes familias y lugares, pues según Esdras, 2, suman 29,818 individuos; según Nehemías, 7, son 31,089 y según 3. Esdras, 5, resultan hasta 30,143 hombres libres, prueba evidente de la inexactitud del censo primitivo. No es probable que los números hayan sido reducidos adrede y es más presumible que hayan sido exagerados, de suerte que tomando el número menor se correría menos riesgo de errar; pero aun así, hay que reducirlo todavía, porque el número de 4,289 sacerdotes, aun dado que vayan comprendidos en él el de hombres, mujeres y niños, no puede ser exacto; y reducido el número total como corresponde, resulta todavía un número de varones fuera de toda proporción razonable, que no se compensa aunque se admita un número de siervas mucho mayor que de siervos, suponiendo comprendidas entre las primeras las concubinas. Sin embargo, en toda población de colonizadores se observa que prepondera el número de varones.

(2) Ewald y Bertheau han supuesto que el libro tercero de Esdras, 5, 1, — libro apócrifo que ahora contiene desde los v. 5, 7, etc., la lista de Esdras, 2, y Nehemías, 7, — ha sido comprendido en otro tiempo en el libro canónico de Esdras entre los cap. 1 y 2, en lengua hebrea. En este trozo se indica el mes de Nisan del segundo año del reinado de Darío como la época de la partida de Babilonia de los expatriados y se refiere que la expedición de Zorobabel había sido escoltada hasta Jerusalén por mil soldados a caballo. La suposición de aquellos dos orientalistas es empero en gran manera inverosímil; el libro tercero de Esdras, 5, 1-6, está estrechamente unido a 3. Esdras, 3, 1, etc., al cuento de Zorobabel, tan torpemente unido por Esdras, 5, 5 y 6, a la antigua lista de Esdras, 2, y Nehemías, 7. Este Zorobabel servía en la guardia persa y después de vencer a dos compañeros suyos en una polémica filosófica solicitó y obtuvo de Darío como favor el permiso de regresar con sus compañeros a Palestina. De la historia del regreso de Esdras se habrá tomado el mes de Nisan (Esdras, 8, 31), y el pretendido guardia persa Zorobabel es evidentemente una copia de Nehemías, copero del rey. Los mil jinetes habrán sido un favor especial concedido a Esdras (8, 22), como también lo recibió Nehemías (Nehemías, 2, 9) con una escolta de caballería concedida por Artajerjes. El papel que en este relato se hace desempeñar a Zorobabel, prueba que todo él es una invención relativamente moderna.

que solo partieron aquellos judíos que profesaban las ideas de los profetas, y que prefirieron quedarse en Babilonia y en sus haciendas los judíos materialistas y acomodados, pero a esta creencia se opone la lista de los que regresaron, porque por ella se ve que volvieron por familias y habitantes de lugares, según la organización de los pueblos semitas, y esto prueba que el regreso no fue asunto de más o menos individuos, sino asunto nacional realizado por todo el pueblo, dividido en familias o tribus, y lo confirma también el hecho de que entre las familias que con Esdras regresaron, según Esdras, cap. 8, solo se encuentran aquellas que habían tomado también parte en el primer regreso, según dice Esdras en el cap. 2. De esto es permitido inferir que todas las familias judías establecidas en Babilonia tomaron parte en el regreso del año 537, y en este caso la reedificación de Jerusalén y la restauración del culto fueron obra de toda la comunidad de los expatriados, que se consideró ser la nación israelita, en señal de lo cual fijó acaso el número de sus jefes en doce. Solo así se comprende también que la comunidad continuara designándose con el nombre de *gola*, con el cual se había distinguido el pueblo expatriado en Babilonia.

Queda, pues, admitido que todas las familias judías de Babilonia tomaron parte en la expedición de regreso, y no todos los individuos; pero sería un error creer que los que continuaron en Babilonia fueron los indiferentes. Habría entre ellos muchos que por indolencia rehuyeron las fatigas y penalidades del viaje y de la colonización del nuevo territorio; pero que no hubo indiferencia lo prueban los valiosos regalos que para el nuevo templo llegaron después de Babilonia, y lo demuestra más el hecho importante de que el impulso dado por Ezequiel, coronado por la literatura nomográfica judía, permitió un siglo después a los repatriados constituir definitivamente la comunidad judaica.

Según se ve en la lista de los repatriados, fue uno de sus primeros cuidados fundar un tesoro para sufragar los gastos de reedificación del templo y la vestimenta sagrada de los sacerdotes, lo cual se hizo antes de establecerse las familias en sus lugares correspondientes, y en el orden indicado en la misma lista. Es de suponer que esto y el reparto del territorio fue arreglado en asambleas populares. Por desgracia ha llegado a nosotros muy adulterada la relación de Nehemías referente a la fundación del tesoro del templo y a las vestimentas sacerdotales. En 1. Esdras 8, 26 aparece la relación muy reducida y despojada de datos importantes por el cronista, mientras la de Nehemías, 7, 70, etc., revela que se han hecho en ella interpolaciones. Ni en esta ni en aquella relación merecen confianza las sumas, pues que se contradicen y son de redacción posterior, conforme lo indican las cuentas por «daricos» (1). Acaso podría sacarse de Nehemías, 7, como texto original lo siguiente: «El lugarteniente (o gobernador) (2) entregó al tesoro.... oro y 50 tazones y 30 vestiduras sacerdotales. Los jefes de familia (3) dieron al tesoro... oro... plata y 67 vestiduras sacerdotales (4).»

(1) Moneda persa de oro puro que pesaba 8'385 gramos.

(2) Se alude al ya mencionado Sasabasar.

(3) Es de presumir que dieron cada uno su parte a título de escote de la familia o tribu, no como regalo personal.

(4) Según el lib. I de Esdras, cap. 8, v. 26, se llevaron al tesoro del templo por los diputados al efecto, 50 talentos de plata, cien vasos de este metal, cien talentos de oro, veinte copas de oro con mil sueldos, y dos vasos de bronce refulgentes y hermosos como oro. A su vez Nehemías en el lugar arriba citado dice: «Athersata (el mismo Nehemías) dió al tesoro mil dracmas de oro, 50 tazas y 530 túnicas sacerdotales (Los Setenta leen 30); los principales de las familias dieron 20,000 dracmas de oro y 2,200 minas de plata; y el resto del pueblo dió 20,000 dracmas de oro, 2,000 minas de plata y 67 túnicas sacerdotales.»

(N. del T.)

No tenemos noticia alguna directa del tiempo en que llegaron los repatriados a Palestina. En cambio podemos formar una idea de su distribución ya en la ciudad, ya fuera de ella, así como de la extensión del territorio que les fue designado en propiedad, si añadimos a los datos que Nehemías encontró en las listas respecto del establecimiento de los primeros que regresaron, las noticias que da el mismo Nehemías en el cap. 7, primera mitad del versículo 73, en el cap. 11, 1-3, y en lo principal del mismo cap. 11, 4-36. Consultando solamente la lista de Nehemías, 7, 6-69, se han formado conceptos erróneos del territorio poseído por los 537 repatriados y de su distribución en el país; pues a primera vista aparece, juzgando por lo dicho en Nehemías, 7, 6, etc., que los inmigrantes habían recobrado únicamente una parte del antiguo territorio de Judá situado al Mediodía de Jerusalén. Esta lista enumera primero familias y después mezcladas con familias las agrupaciones de Gabaon, Belén, Netofa cerca de Belén, Anatot, Bet-Azmavet (5), Kiriat-Jearim, Kéfir, Beherot, Rama, Gebaa, Michmas, Bet-el, Ai, Jericó, Lod, Hadid y Ono, pero estos datos se refieren en primer término al origen de los expatriados, y aun en este concepto no son muy claros porque nada nos dicen respecto de la patria o naturaleza de las familias enumeradas en la lista, ni siquiera si son todos los individuos descendientes de los habitantes de Jerusalén anteriores al destierro. Como la población israelita de Jerusalén se había formado de inmigrantes de fuera, es de suponer que las familias representadas en Jerusalén habrán tenido gran parte de sus miembros establecidos en otros puntos, y además hay que tener presente que en 597 cayó en poder de los babilonios la masa más compacta de los desterrados, pues de esta masa formaba parte el ejército, que se componía de los propietarios rurales de todo el país. También se explica por qué entre los inmigrantes abundan los nombres de los lugares más inmediatos a Jerusalén, ya que es de suponer que antes de poner el enemigo cerco a la ciudad se habrían refugiado en ella los habitantes de la comarca; pero sería erróneo inferir del título de la lista que dice contener los habitantes del distrito de Judá «que han regresado a Jerusalén y Judá, cada uno a su ciudad,» que se les hubiesen destinado solo Jerusalén y los lugares inmediatos que se citan, es decir, el territorio de la tribu de Benjamín tal como era en el último período, algunos territorios situados al Sudoeste del de Efraim y el de la tribu de Judá hasta Belén en el Sudoeste. Esto sería suponer que todas las familias que se citan al mismo tiempo que los lugares en la lista, hubiesen habitado anteriormente en Jerusalén, lo que la lista no dice. Por otra parte, hay razones de mucho peso que se oponen a suponer que todas estas familias se hubiesen establecido en la nueva Jerusalén. Smend ha observado con razón que no corresponde a semejante suposición la proporción entre los números de los supuestos habitantes de la capital y de los de fuera, que son como 10 a 1; es decir, que nueve décimas partes de los que habían regresado deberían haberse establecido en la ciudad destruida, en la cual tantas personas no habrían encontrado los alimentos necesarios para la vida. De lo dicho en Zacarías, 2, 5, etc., y 8, 4, etc., resulta irrefutablemente que al cabo de un decenio estaba todavía poco poblada la nueva Jerusalén, y al cabo de ochenta años, en tiempo de Nehemías, se dudó todavía que la población de Jerusalén fuese por lo reducida capaz de defenderse eficazmente contra un ataque.

Hay además un testimonio directo y positivo para probar que una parte de las familias enumeradas por Nehemías se

(5) Situado según Nehemías, 12, 29, cerca de Gebaa, en el antiguo territorio de Benjamín.

estableció en el campo. Tal es la lista de los matrimonios contraidos por judíos con mujeres extranjeras, que se da en Esdras, 10, 18, etc. Las familias que se hallan en este caso están anotadas en la lista de Nehemías, 7, y que una parte de estos matrimonios correspondían a la población rural nos lo dice Esdras, cap. 10, 7, etc. Resulta, pues, que solo una parte de las familias enumeradas en la lista se había establecido en Jerusalén. Vivía también cerca del templo la mayoría de los sacerdotes. Elíasib, el sumo sacerdote, contemporáneo de Nehemías, tenía su casa al Sudeste del templo, cerca de la esquina (Nehemías, 3, 20); según el versículo 28, vivían entonces otros sacerdotes cerca de la puerta de los Caballos, y por otros pasajes (versículo 22 y cap. 12, 28) sabemos que familias sacerdotales vivían también en las inmediaciones de la ciudad.

De la distribución de los inmigrantes en el país y de la extensión del territorio que ocuparon en propiedad podemos formar idea suficiente por Nehemías, 7, desde la primera mitad del versículo 73 hasta el cap. 11, versículo 1 y siguientes. Según estos datos, se establecieron los sacerdotes, levitas guardas de las puertas, cantores, siervos del templo y el pueblo cada uno en su lugar, es decir, en el lugar donde vivieron sus antepasados. Los *sarim* o empleados de la comunidad, y a su cabeza probablemente los doce ancianos del consistorio, se establecieron en Jerusalén, y en la distribución del pueblo se arreglaron las cosas de manera que una décima parte viviese en Jerusalén y nueve décimas partes en el campo, concediendo la bendición a todos los que voluntariamente fueran a establecerse en la ciudad. De aquí se infiere que después de haberse establecido en la capital todos los inmigrantes que de ella eran originarios, la población urbana era todavía tan escasa, que se designaban lotes de propiedad en Jerusalén a otros individuos y fué necesario excitar con diversos alicientes para que nuevos inmigrantes se establecieran dentro de la ciudad, contentándose los jefes de la comunidad con haber logrado que una décima parte del pueblo judío poblara la capital, en lugar de todas las familias enumeradas en Nehemías, 7, 5-6. Del mismo libro cap. 7, v. 4 y siguientes, resulta que Nehemías dió en otro tiempo una relación detallada de los propietarios establecidos en Jerusalén y de los lugares de que procedían; y aunque lo que de estos datos se ha conservado es, según se ve en el v. 6, muy incompleto, se desprende de ellos que la población de Jerusalén se componía de las ramas de Faros y de Senaa de la tribu de Judá y de benjamitas. Los números que se encuentran en estos versículos concuerdan con la noticia de que la población de Jerusalén era solo una décima parte a lo más de toda la comunidad, aun admitiendo omisiones ó deficiencias, y resulta que los benjamitas constituyeron una parte muy considerable de la población de Jerusalén después del destierro.

Los levitas fueron repartidos entre Judá y Benjamin, tocando a esta última tribu, según Nehemías, 11, treinta y seis levitas de Judá. De datos posteriores se infiere el hecho importante de que los levitas recibieron territorio en propiedad en los asignados a las tribus de Judá y Benjamin. (Nehemías, 11, 36; 12, 27; 13, 10.)

Los cantores recibieron terreno para cultivar en las inmediaciones de Jerusalén, donde construyeron aldeas, y otros se establecieron en los territorios de Netufai, Bet-Galgal, Gebaa y Azmavet. (Neh., 12, 28, etc.)

Respecto de la extensión del territorio designado a la comunidad, encontramos noticias claras en Nehemías, 11, 25-36. Verdad es que estos datos no son ya completos, ni pueden identificarse todos los lugares que se citan; pero es fácil completarlos con otros datos relativos al primer siglo de la

comunidad, y aun sin esto dan una idea muy clara de la extensión del territorio ocupado por ella. Según estos datos, los de Judá vivían desde Beerseba hasta el valle de Hinnom ó sea hasta Jerusalén. Al Oeste llegaba su territorio hasta Siklag, Lakis, Adullam y Azeca; es decir, que por estos dos lados esta tribu volvió a tener aproximadamente los mismos límites que tuvo antes del destierro. Colonizó también el *sche-pela* y se extendió por el *negob* y por los territorios pertenecientes en otro tiempo a los simeonitas.

Los benjamitas ocupaban el antiguo territorio de su tribu y además otros como Hai, Betel, Anatot, Neballat, Lod y Ono, que en otra época habían pertenecido a la tribu de Efraim.

Aun admitiendo que la lista no sea de tiempo anterior a Nehemías, sino que fuese escrita después de este libro, sus datos permitirían suponer, sin temor de errar, que la distribución del territorio entre los expatriados que regresaron en tiempo de Ciro a Palestina, fué la misma que en estos datos se consigna, porque ninguna noticia existe de una ocupación del Judá meridional por vía de conquista en el tiempo que pasó desde la primera inmigración hasta la lugartenencia de Nehemías.

Resulta, pues, que los que regresaron en el año 537 recibieron para establecerse no solamente el terreno de Jerusalén y sus inmediaciones, sino todo el territorio antiguo de las tribus de Judá y de Benjamin y hasta algunos distritos del de Efraim.

Estos territorios estarían probablemente poco poblados al posesionarse de ellos los inmigrantes de Babilonia, pero no estaban desiertos. En el Mediodía de Judá se hallaban establecidos los edomitas, y el resto del país estaba habitado por descendientes de la población israelita antigua, sobre cuya suerte posterior no se ha conservado por desgracia la menor noticia. Herzfeld y Smend suponen que antes de ser devueltos los expatriados a Palestina, las tropas persas despejaron el país obligando a los edomitas, ya a la fuerza, ya por vía de convenios, a evacuar el territorio de Judá. Es, en efecto, posible que haya precedido esta acción a la instalación de los inmigrantes, y las exclamaciones relativas a Edom que se encuentran en la profecía de Malaquías, 1, 4 (1), se comprenden sin dificultad si se las supone alusivas a un desastre militar y a la consiguiente expulsión de su territorio. Por otra parte es muy natural que existiera en Judá suficiente terreno desocupado para dotar a los inmigrantes del suficiente a su manutención con el cultivo, y cerca había, además, tropas persas para hacer sitio a la fuerza a los inmigrantes, pues un ejército persa estaba a la sazón delante de Gaza, la única ciudad de la costa fenicia que no se había sometido a Ciro.

Nada absolutamente se sabe de lo que se hizo de la población israelita antigua que se había conservado en aquella región. Los expatriados se sabe que se mantuvieron escrupulosamente alejados de todo contacto con otros elementos no procedentes del destierro y todavía algún tiempo después se titulaba la comunidad «la gola» ó sea «la comunidad de los desterrados» como título honorífico; mas esto no prueba que los restos de la población israelita y aun judaica antigua tuvieran que evacuar completamente el país para hacer sitio a los inmigrantes del destierro; y por su estancia probable en aquellos sitios se explica naturalmente el grandísimo número de matrimonios con mujeres extrañas que Esdras se em-

(1) Malaquías, 1, 2, etc. «No es Esaú hermano de Jacob? dijo Jehová. Y yo he amado a Jacob y aborrecido a Esaú, cuyas montañas torné en asolamiento y di su posesión a los dragones del desierto. Cuando Edom dijere: «Estamos asolados pero reedificaremos las ruinas,» entonces contestará Jehová de los ejércitos: «Tornarán a edificar y yo tornaré a destruir.»

peñó un siglo después en separar y anular. Un ejemplo de que vivían israelitas antiguos entre los inmigrantes ofrece Sanaballat de Bet-Horon, el adversario de Nehemías, y cuyo territorio estaba enclavado en el de la nueva comunidad.

CAPITULO II

LA CONSTRUCCION DEL TEMPLO Y SU INFLUENCIA SOBRE EL ESPÍRITU RELIGIOSO DE LA COMUNIDAD

Los datos que ahora nos ofrecen los escritos de la época de que tratamos nos conducen al año 520, en el cual se empezó la edificación del templo. Ciro, el gran conquistador, había llegado victorioso hasta el Gabon; había conquistado toda el Asia Menor y la Bactriana, y finalmente había muerto haciendo la guerra a los mesagetas. Cambises, hijo y sucesor de Ciro, llevó el poder de su dinastía a su grado máximo con la conquista del Egipto en 525 y después a su ruina por su propia culpa. Antes de emprender esta última conquista, había hecho matar a su propio hermano Bardiya (el Esmerdis de los autores griegos), sin que el pueblo tuviera noticia de la muerte de este príncipe, ignorancia que aprovechó un mago llamado Gaumata para fingirse Esmerdis y hacerse proclamar rey en ausencia de Cambises. Hallándose éste todavía en Egipto, recibió en el año 522 la noticia de que Esmerdis se había sentado en el trono de Persia y al instante se puso en camino para castigar al usurpador; pero murió al pasar por la Siria, probablemente suicidándose. Formóse una conspiración contra el usurpador, el falso Esmerdis, el cual fué asesinado en su palacio de Sicalahuvati por siete conjurados pertenecientes probablemente a las familias más nobles del país, y acudidos por Darío, hijo de Histaspes, individuo de la familia real aqueménide. Darío fué proclamado rey, pero este cambio conmovió el imperio en sus cimientos, porque al parecer todos los pueblos del imperio se hallaban completamente satisfechos con el gobierno del mago usurpador. Pronto se sublevó la mayor parte del país contra la línea menor de la familia aqueménide, y solo obedecieron a Darío las provincias occidentales, quizás con la esperanza de recobrar su libertad en el probable y próximo derrumbamiento del imperio.

Los judíos restablecidos en su antigua patria observaron conmovidos estos sucesos, que parecían indicarles el cercano cumplimiento de los vaticinios no realizados todavía de sus profetas. La comunidad de los expatriados había vuelto a su país, pero todavía imperaban los paganos, que a la sazón parecían próximos a perder su dominio en el mundo. Esta expectativa hizo dirigir la atención del pueblo judío con mayor afán que antes a la persona de Zorobabel, el representante del futuro reino de Israel; porque viendo que Jehová iba a derribar los tronos de los paganos, era muy natural en opinión de los judíos que volviera a erigir el trono de David. Para el pueblo judío Zorobabel, aunque todavía en situación humilde, era ya el rey mesiánico, y solo faltaba coronarle para que resplandeciera en toda su gloria. Zorobabel fué desde entonces el punto de mira de la expectación pública; y habiéndole nombrado el gobierno persa lugarteniente suyo, probablemente para ganarse el afecto del pueblo judío (1), cayó entonces en manos de la familia de David la dirección de la comunidad, sin perjuicio de la conservación del consistorio de los doce ancianos, que continuó arreglando los asuntos interiores como antes, en unión de Zorobabel, si bien éste

(1) Ageo, 1, 1 y 14; 2, 2. Una conducta igualmente benévola observó el mismo gobierno al parecer con el Egipto.

adquirió más influencia sobre sus colegas y hasta iniciativa (2).

Entretanto había quedado arreglado definitivamente el sacerdocio y se había creado la dignidad de sumo sacerdote, la cual fué concedida a Josué, que ocupó, sin embargo, el segundo lugar en importancia después de Zorobabel, tanto en el consistorio de los ancianos como en el Estado en general.

Correspondiendo al nuevo impulso que habían recibido las esperanzas mesiánicas, los profetas (3) Ageo y Zacarías excitaron al consejo de los ancianos y al pueblo a poner mano inmediatamente a la construcción del templo y consiguieron que se emprendiera esta obra el 24 del mes de Elul, en el segundo año del reinado de Darío, ó sea en la segunda mitad del mes de setiembre del año 520 antes de J. C. (4).

Se cree generalmente que los repatriados emprendieron la reedificación del templo tan luego como regresaron del destierro, y que después tuvieron que suspender las obras a consecuencia de intrigas de los habitantes antiguos del país hasta que pudieron continuarlas en el segundo año del reinado de Darío. Esta opinión es errónea, bien que se funda en la relación del cronista (Esdras, 3, 1; 4, 5), y debemos probar con datos de escritores de la época el error y su origen.

Según el cronista, el restablecimiento del culto fué el primer cuidado de los desterrados a su regreso. A tenor de la relación citada, estuvieron establecidos los inmigrantes en sus respectivos lugares al llegar el séptimo mes, es decir, en

(2) No hay que olvidar que a consecuencia de las vivas esperanzas mesiánicas, los escritos de la época pueden haber dado más importancia a la figura de Zorobabel que la que éste gozaba entonces en realidad.

(3) Hubo profetas después del destierro como los hubo durante el destierro, los cuales creyeron estar inspirados por Jehová, el cual les había confiado una misión para su pueblo. Esta manera de ejercitar una misión al servicio de Jehová se había hecho costumbre, si bien el espíritu no era ya el mismo; y los escritos que tenemos de los profetas del tiempo de Zorobabel son buen testimonio de que estos varones adoptaron un sistema cuya época había pasado. En efecto, juzgaban de su propio tiempo con las ideas de los profetas antiguos, que enseñaron verdades divinas entonces nuevas, cuando los profetas posteriores al destierro no hacen más que elaborar y sacar jugo de las ideas de aquellos, en especial de las esperanzas mesiánicas. Estos profetas modernos forman la transición a los autores anónimos que más adelante, en los siglos posteriores, trataron nuevamente del Mesías, ya en escritos proféticos independientes, ya en forma de interpolaciones hechas en los escritos de los profetas antiguos. La dependencia de ideas de los profetas modernos respecto de los antiguos explica las inconsecuencias y contradicciones en que incurren, como por ejemplo Zacarías, que repite ideas contradictorias respecto del efecto producido por el destierro sobre Israel.

(4) El libro de Ageo, que solo consta de dos capítulos, se encuentra en el cánon de los profetas menores. Böhm pretende (véase: *Zeitschrift für alttestamentliche Wissenschaften*, 1887, pág. 215) que el versículo 13, cap. 1 y los v. 20 hasta 23 del cap. 2 son adiciones posteriores, sin contar otras más pequeñas. El v. 13, cap. 1, es a la verdad sospechoso, y tocante a su sustancia es supérfluo. El v. 20, cap. 2, choca por su forma, y la expresión «por segunda vez» hace pensar en interpolaciones, pero también puede ser motivada por estar destinado lo dicho en los versículos 20 hasta 23 a Zorobabel exclusivamente. Otros ejemplos, como Jeremías, 46, 13, prueban que no debe darse demasiada importancia a aquella expresión, y además los v. 21, 22 y 23 del cap. 2, aunque pasan más allá de lo dicho en los v. 6 y 7 del mismo capítulo, corresponden perfectamente a las ideas de la época, razón bastante para que un arreglador posterior hubiese eliminado esta profecía en vez de añadirle algo. Del libro profético atribuido a Zacarías son escritos únicamente los primeros ocho capítulos por un contemporáneo de Zorobabel. Hay en estos capítulos (cap. 1, 1-6 y cap. 7 y 8) comunicaciones proféticas, y en cap. 1, 7-8, siete (según otros ocho) visiones nocturnas, y en el capítulo 6, 9, etc., habla el autor de un acto simbólico que efectuó. Los capítulos 9 hasta 14 forman parte de los restos más interesantes de la literatura imitadora de la de los profetas antiguos relativa a las esperanzas mesiánicas de la comunidad. Pertenecen al primer período griego y de ellos trataremos más adelante en particular.